

H. P. Lovecraft, aquel escritor
escuálido y ausente

EL TRAFICANTE DE SUEÑOS

TOMAS FERNANDEZ RUIZ

Providence ha cambiado muy poco desde finales del siglo pasado hasta nuestros días. Algunos recordarán el trazo firme y apasionado con que en las pantallas de cine aparecía el nombre de este exótico lugar.

El otro nombre, H.P. Lovecraft aún no aparece en los diccionarios de literatura anglosajona. Algunas editoriales, sin embargo, deben a este escritor unos ingresos muy superiores a los que James Joyce o Walt Whitman pudieran haberles dado. Las obras de H. P. Lovecraft ya son conocidas en todo el mundo. No se puede decir lo mismo de las ciudades diabólicas, de los fantásticos viajes o de los primigenios seres que inspiraron las narraciones de aquel escritor escuálido y ausente.

Hacia el final del siglo

H. P. Lovecraft nace el 20 de agosto de 1890, en un lugar impregnado de ancestral magia y fuego purificador. Desde su nacimiento recibe a golpe de maza la influencia de una población recelosa y escarmentada de acontecimientos diabólicos. Su madre se niega a aceptar el sexo varón del recién nacido y hace todo lo posible por ocultar a sus ojos esta frustración. Howard recorre los jardines vestido y peinado como una auténtica niña. Las órdenes expresas de su madre hacen agacharse a todos los sirvientes que lo llevan de la mano (al parecer esto lo hace para evitar que le arranquen el brazo al jovencito). En un principio



«Los lectores de Lovecraft forman un ejército cada vez mayor; son personas impresionables, con una aguda sensibilidad, que penetra más allá de los abismos del mármol.» H. P. Lovecraft a los cuarenta años.

H.P. acepta de muy buena gana todo este tipo de agasajos; a la edad de 6 años decide acabar de una vez por todas con la paradisíaca imagen de «rayito de sol», que todos tenían de él y exige a su madre que le corte los dorados rizados con que hasta entonces había camuflado su cara de muchacho. Ella in-

tenta inútilmente convencerlo de que muchos hombres ilustres, cultos y sensibles del pasado siglo se decoraban la cabeza con este tipo de peinado, pero Howard sabe ya leer y escribir desde los cuatro años y no se deja amedrentar: «Ya no soy una niña», le replica con dureza.

A raíz de esta afirmación masculina, su madre pierde todas las esperanzas que tiene depositadas en el muchacho y comienza a abochornarle llamándole feo en cualquier ocasión que se presente. Dos años más tarde muere el cabeza de familia y el carácter dominante de Sara comienza a marcar una huella más honda en la personalidad de Lovecraft.

Un Edipo venido del mar

A los 31 años de vida del escritor muere su madre. Hasta tres años más tarde no logrará Lovecraft despegarse de aquel ambiente familiar que tanto lo oprime. Con su esposa Sonia convive durante tres años; sus relaciones sexuales acaban tan deterioradas que Howard decide separarse de ella con un beso en la mejilla. La profunda admiración que siente por él no permite a Sonia olvidarlo incluso más allá del divorcio.

Muchos han sido los psicólogos freudianos que han querido atribuir a este fracaso matrimonial un complejo de Edipo latente, buscando pruebas en su obra bibliográfica. En sus narraciones H.P. evita cualquier referencia directa al sexo, pero carga su barroco estilo anglosajón de alusiones parasexuales (tentáculos, viscosidades, bocas succionadoras...).

El mar revive con Lovecraft esa magia antigua e insondable de mitos y leyendas ance-

trales. Estas son algunas palabras suyas:

«con una esposa del mismo temperamento que mi madre y mis tías probablemente habría podido reconstruir un tipo de vida no muy distinto al de los tiempos de Angel Street.»

EL TRAFICANTE DE SUEÑOS

De conservador prematuro a liberal tardío

De siempre ha resaltado en H.P. su meticuloso concepto del orden; en el «Conservative» (1915), habla de la «supremacía biológica del teutón» y alaba su mentalidad «dominante y capacitada para el autogobierno». Si esto resultara insuficiente para aquellos que gusten de definiciones ideológicas, aparecen bastantes referencias a la fobia irracional que Lovecraft sentía hacia los países latinos y a su obsesión por el control de natalidad como método para mejorar la «calidad fundamental de la raza». Es muy probable que este brote de racismo en la personalidad de Lovecraft se deba a las influencias de la época y la clase social. Su escrupuloso temperamento va a cambiar a partir del momento en que abandone el hogar materno. Comienza entonces un movimiento pendular hacia sectores más liberales. Su novela «The silver key» es un buen exponente de este cambio. Con ella entierra el dorado mundo de su infancia para enfrentarse a un tipo de vida hasta entonces desconocida por él.

se vea obligado a buscar un puesto de trabajo fijo. Acostumbrado a vivir de los ingresos familiares, un buen día Howard descubre que su pluma es la única posibilidad de vida que se le ofrece. Se le erizan los pelos al comprobar las pocas posibilidades que la sociedad de lectores americanos le ofrece. Lovecraft ensaya varias formas

tores. En 1928 funda una asociación literaria para escribir cuentos a clientes en base a manuscritos o guiones que estos les entreguen. Esta inébrica agencia de producción literaria le deja unos beneficios tan ridículos que Lovecraft no tiene tan siquiera posibilidades de vivir en una casa y se ve obligado a aceptar las invitaciones de



«A los seis años exige que su madre le corte los dorados rizos con que habían camuflado hasta entonces su cara de muchacho.» Susan, Howard y Winfield Lovecraft, en 1891.

Traficante de sueños

«Es divertido especular sobre qué sacarán los futuros sicólogos de los relatos de uno.»

Puede resultar paradójico descubrir que un escritor de la talla de Lovecraft

posibles en la publicación de sus obras. Sus editores le piden un relato de la extensión de una novela, pero el se remite a escribir cuentos y narraciones cortas para el «Weird Tales» y otras revistas de la época. Su mayor cotización la recibe por «El horror de Dunwich» y consiste en 240 dólares.

Escribe cuentos anónimos que se publican bajo el nombre de otros escri-

todos aquellos que le ofrecen su mansión.

La vida de Lovecraft se convierte en un peregrinaje por los alrededores de Rhode Island. En todos los lugares que visita descubre nuevos y fascinantes argumentos para sus novelas.

Se calcula que a lo largo de su corta vida, Lovecraft escribiría alrededor de 100.000 cartas cargadas de un feroz



convencionalismo y una sinceridad absoluta. Howard fue un misterioso racionalista que constantemente ensaya nuevos caminos con los que poder franquear los muros de su propia lógica, un ateo visceral que nunca abandona la búsqueda de manifestaciones sobrenaturales. En sus narraciones se mezclan la pesadilla y el horror con las descripciones de ciudades y parajes cargados de una extraña belleza casi onírica. En ellas el hombre aparece íntimamente emparentado con animales viscosos e indefinidos que provienen de otros medios diferentes al humano.

El mundo de los olores que logra describir en sus cuentos es de una efectividad psicológica increíble; sus

Howard P. Lovecraft después de cumplir los veinte años (arriba). -Con su esposa Sonia (retrato de 1921) convive durante tres años... Muchos han querido atribuir a este fracaso matrimonial un complejo de Edipo latente.-



páginas rebasan con frecuencia la imaginación del lector y su habilidad para transformar vivencias cotidianas en narraciones fantásticas tienen como base postulados paracientíficos y fórmulas legadas por viejos alquimistas. Si hay algo que se aleje del terror tradicional de vampiros y hombres lobos esto es el sofisticado e interrogante misterio de Lovecraft; los hechos y personajes que aparecen en sus novelas son intemporales y etéreos, pueden pertenecer a cualquier lugar y época de la Tierra.

El retorno a lo viscoso, a lo oscuro e insondable es la constante en la obra lovecraftiana. Pero este retorno a la maldad está marcado por un fatal determinismo. Nada se escapa al demolidor poder de unas fuerzas primigenias e inabarcables que acosan al hombre desde su aparición sobre el planeta Tierra.

Su estilo narrativo resulta tan denso, tan cargado de descripciones oníricas, de sensaciones fugaces y desagrada-

bles que es difícil imaginarlas con la extensión de una novela. Es por esto que la obra de Lovecraft sea tan prolífica en cuentos y narraciones breves.

El ocelote blanco

Aún hoy día H. P. Lovecraft sigue siendo el habitante solitario y anacoreta de ciudades titánicas y embriagadoras. Sus lectores forman un ejército cada vez mayor; son personas impresionables con una aguda sensibilidad que penetra más allá de los abismos del mármol; son obreros, intelectuales, mendigos y aventureros que ven en H. P. Lovecraft el profeta de una interminable caravana de fuerzas gigantes y poderes ocultos.

Siguiendo la snobista costumbre de alucinar, son ya muchos los que creen que Lovecraft debía su riqueza imaginativa al efecto de los alucinógenos. Afirmar que leer a Lovecraft es como hacer un viaje en ácido puede resultar muy arriesgado para aquellos profanos que intenten suplir las drogas psicodélicas con unos cuantos volúmenes de los mitos de C'Thulhu. Si existe alguna droga lovecraftiana, esta desde luego no es el ácido lisérgico. Los relatos de Lovecraft van más allá de las percepciones multicolores y eufóricas que el ácido provoca. Son un auténtico despliegue de recursos sensoriales y descriptivos. En ellos el lector no puede hacer otra cosa que abandonarse incondicionalmente al extraordinario y arrollador mundo de las sensaciones del escritor.

Desde joven y debido a su mala salud el estado anímico de H.P. se encontrará influenciado por diversas clases de fármacos y medicinas que ahora desconocemos.

A pesar de lo que muchos opinen, su vida nada tuvo que ver con la del excéntrico bebedor Edgar Alan Poe. En su juventud H.P. Lovecraft se declaraba partidario de la prohibición del alcohol —De haber algo que elimine totalmente el licor tendría que ser bueno— actitud que, como tantas otras, transformaría con el tiempo en una tolerancia estricta y benevolente.

No se tienen noticias concretas sobre si H.P. ingería algún tipo de alucinógeno. De hecho su ya exaltada imaginación no necesitaba estimulantes de ningún tipo para asomarse al más allá. Desde pequeño Howard practicaba ritos extraños y llamadas a fuerzas ocultas. Es muy posible que esta afición a

la brujería le llevara en alguna ocasión a probar los efectos de alguna planta alucinógena.

«Un golfo de tinieblas negro como las calderas de las brujas cuando sellenan con drogas de luna...»

El nepenthe

El culto por la mitología clásica se hace barroco y sutil en las alusiones a plantas lunares y a reflejos cristalinos. En «El extraño», Lovecraft se confiesa consumidor de nepenthe, una planta blanca y esbelta cuya descripción recuerda al opio. El muchacho que abandona su encierro fetal, preñado de musgo y bosques oscuros ve reflejada en un espejo la feroz trasfiguración que el nuevo mundo le ha provocado.

Son muy frecuentes las alusiones de Lovecraft a su diferencia sustancial con el resto del mundo. El monstruo, que persigue y acecha durante todo el relato hace su aparición brusca y espeluznante al final: un algo viscoso e indefinible acecha al hombre por encima de todas sus creencias, es el espíritu del mal. Cthulhu que viene del fondo del mar, del más allá de las estrellas y para condenar al género humano y a todos sus descendientes.

«El antepasado» es la relación más directa de H.P. con las drogas. En ella el protagonista es un doctor que a través del Cannabis y la música de Stravinsky emprende una feroz regresión hacia tiempos inmemoriales. No sabemos si Lovecraft conocía los efectos del Cannabis; se esfuerza, sin embargo, en situarlos dentro de un contexto maligno y nada reconfortante. Precisamente en esta novela suya —El antepasado— se ha basado el director



Silueta del escritor, realizada por Perry.

de cine Ken Russel para realizar su última película «Altered States», en la cual el científico logra su transformación en simio gracias a la tenacidad en ingerir drogas con poderes de mutabilidad genética.

La situación mundial en la década de los treinta lo convierte en un enemigo del fascismo. A partir del 2 de marzo de 1937 Lovecraft comienza un tratamiento a base de morfina; la nefritis crónica se le ha extendido como un animal multiforme y decisivo. Las alucinaciones que hasta entonces no era más que páginas de novela cobran vida y se aparecen a H. P. en las calles y trenes de Nueva York. Se siente acosado y perseguido por unos insectos gigantes vestidos con traje y corbata. El 15 de marzo del mismo año sus alucinaciones cobran vida y le perforan definitivamente el cerebro.

«...Pues aunque el nepenthe me haya calmado ya sé para siempre que soy un extraño.»

■ T.F.R.